

9. AGO. 1925

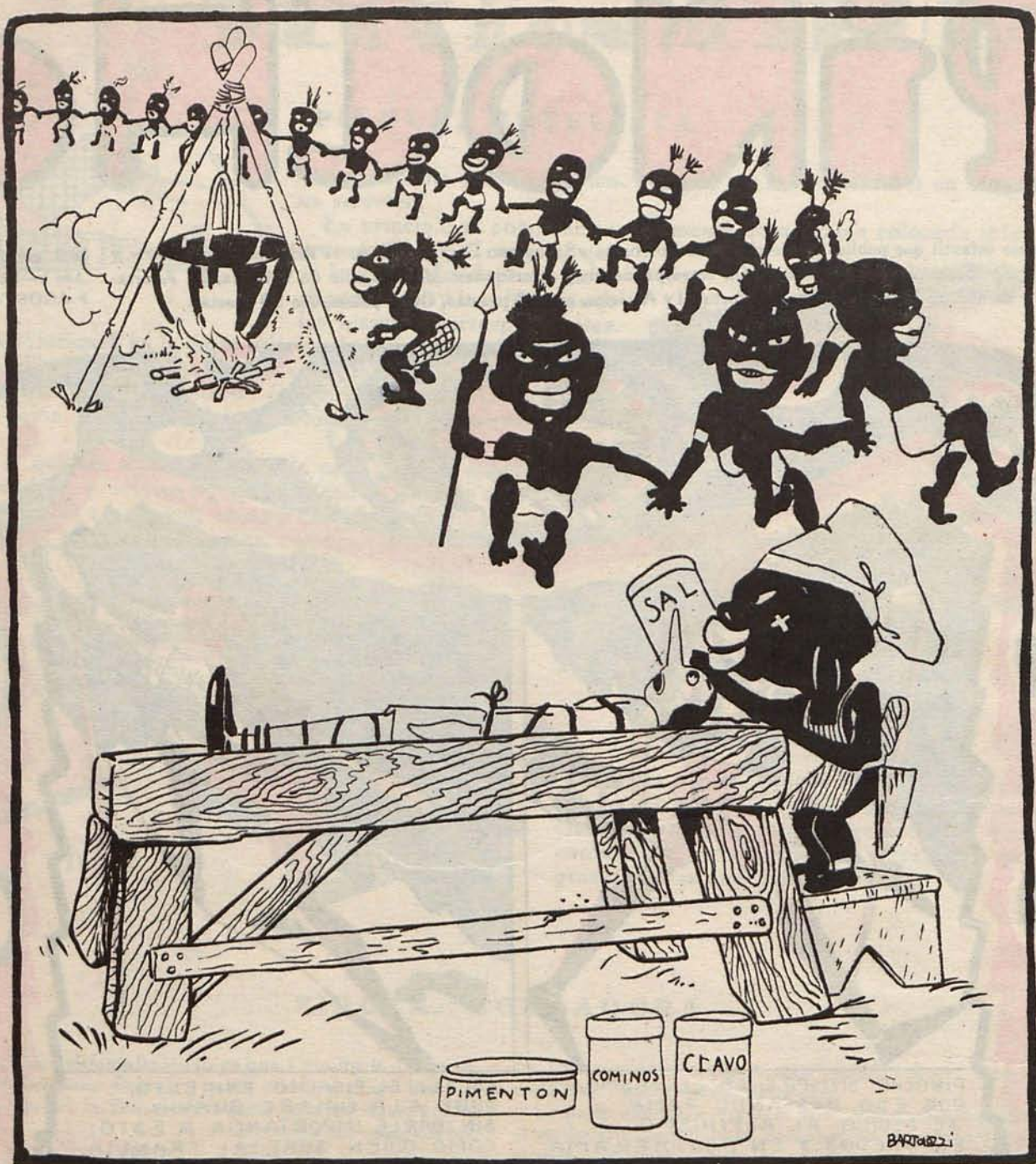
PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
Año I.—NÚMERO 25
9 AGOSTO 1925



CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADOS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

EL AVIÓN SIN PILOTO

Un sabio norteamericano ha logrado hallar la forma de que un avión se remonte y surque los aires sin que lo tripule piloto alguno. Estos aparatos son de un tipo corriente. Se le hace maniobrar por medio de la telegrafía sin hilos desde tierra.

En el hangar se establecerá la estación transmisora, y el aparato llevará a bordo una pequeña estación receptora, que a su vez transformará la corriente y la hará efectiva en los mandos del avión.

El aparato puede alcanzar una altura de 1.000 metros y puede surcar el espacio en un radio de 600 kilómetros.

Se asegura que los americanos tienen realizados todos los estudios de un enorme torpedo aéreo dirigible y que ellos guardan ese secreto de orden militar.

Un famoso aviador alemán ha formulado una serie de

preguntas al sabio norteamericano, que dan en tierra con todos sus trabajos de no poderse contestar satisfactoriamente.

Cuando una racha de aire desequilibra al avión, ¿cómo se restablece éste desde tierra si apenas se le ve a 1.000 metros de altura, en la que suele haber nubes densas?

Si el avión se sale del radio de acción de la telegrafía sin hilos, ¿bogará sin mandos?

En la toma de tierra, ¿se podrá confiar a una máquina una maniobra en la que son necesarias cualidades humanas como el tacto, la vista, etc?

Mientras estas preguntas queden incontestadas, el invento americano no pasará de una bella esperanza, pero sin llegar a una positiva realidad.

• • •



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

—Ulric habla como un sabio —intervino el canadiense—. Os aconsejo por mi parte también, amigos míos, que reforcéis vuestros cuerpos con algunas vituallas, aprovechando esta tregua; no sé si dentro de poco no tendremos tiempo.

—Por vida de un campanario...! —renegó Cabeza de Piedra—. También yo estoy de un humor de todos los diablos, y creo que dependa de tanto ayuno. Pero ¿qué vamos a comer?

—No creo que sea cosa difícil encontrar algún pernil de oso —repuso Jor—, filetes de alce ahumados o un par de muslos de zarigüeya.

—¿Qué es eso?

—La zarigüeya es un mamífero marsupial, no mayor que un gato doméstico. Mis conocimientos zoológicos son muy limitados, pero una vez oí decir a un misionero francés que ese animal pertenece a la familia de los didelfos o zarigas. Es muy común en estas regiones y en toda América septentrional.

—¿Y es suculento?

—No está mal.

—Mejores son entonces los salchichones de maestre Taberna.

—A falta de aquellos nos contentaremos con muslos de zarigüeya.

—Tanto más cuanto que aún tenemos que encontrarlos.

—Démonos, pues, a la caza de vituallas.

Como se comprenderá fácilmente, la tribu de los mandanos, aun contando, según la costumbre indiana, con los productos de la caza y de la pesca, muy abundante por entonces, especialmente en los ríos, ricos en salmones, hasta el punto de hacer de este pescado, excelente para nosotros, un alimento casi despreciado, no se había puesto en marcha a través de las selvas nevadas del Canadá sin una reserva de víveres. Razón por la cual, cuando Cabeza de Piedra y sus camaradas entraron en la cabaña de corteza y pidieron de comer, las trece mujeres se precipitaron a la busca de viandas, y volvieron a poco con todo lo necesario para saciar el apetito más formidable. Nuestros amigos hicieron honor a los alimentos, aun cuando Ulric asegurase que no valían tanto como los salchichones consumidos el día anterior, y devoraron casi todo ávidamente, dejando poca cosa a las mujeres, que se disputaron a arañazos los residuos de la rápida comida.

—Y ahora, esperemos que los señores iroqueses quieran enseñar la nariz —dijo Cabeza de Piedra encendiendo la pipa—. Su vecindad no es muy agradable, y prefiero terminar cuanto antes. Una chupada de pipa o tiros, me da lo mismo. ¿Qué decís vosotros, amigos?

—No tendremos que aguardar mucho, estad segura —repuso Jor—. ¡Eh...!, oíd, parece que me estaban escuchando!

Efectivamente, en la noche silenciosa, turbada sólo por las ráfagas de viento glacial y por los ecos del lago, se oyeron en tal punto formidables clamores, gritos descompuestos y detonaciones.

—¡Rayos!... ¡La batalla ha empezado! —rugió Cabeza de Piedra, incorporándose de un salto, seguido por los demás—. Si al menos tuviésemos enfrente a los ingleses, haríamos mermelada con ellos. Los iroqueses, en cambio, son salvajes a quienes no conozco.

—Pero son aliados de Inglaterra —dijo Jor, examinando su carabina para cerciorarse de que estaba lista.

—Cierto.

—Y además —añadió Petifoque— no hay que olvidar que con ellos está Davis.

¡Por mil campanarios!... —vociferó el viejo bretón, excitado por aquellas palabras como un caballo al oír una charanga—. Ya no me acordaba de ese bribón; vamos a buscarlo entre las filas de los iroqueses..., y el primero de nosotros que lo descubra, que lo envíe de cabeza al océano de peces hirviendo en que navega su compadre Belcebú. ¡Vamos fuera, gaviro del Pouliguen; hagamos ver a estos morros pintarrajeados del Canadá cómo se baten los marineros franceses!

Dispuesto estoy, maestre —gritó Petifoque, siguiendo a Cabeza de Piedra, que salía a toda prisa de la cabaña.

Jor y Ulric hicieron lo propio.

El secretario del marqués de Halifax, por el contrario, al oír el

estallido de aquel estrépito de voces salvajes y disparos, se sintió presa de un temblor súbito, que le hacía doblar las rodillas y le sujetaba los pies clavados al suelo.

—¡Ah —suspiró al fin, dejándose caer a plomo sobre algunas pieles de alce extendidas en el suelo—, en qué fregados me he de ver envuelto yo, que no soy hombre de guerra...! Y todo por culpa de ese maldito marqués de Halifax, mi antiguo amo, que podía vivir tranquilo y santamente, y prefiere ir a buscar su malaventura y la de los demás. ¡Que el diablo le lleve...!

Y permaneció inmóvil, con la cabeza entre las manos, como para preservar los oídos del confuso rumor de la pelea que de fuera llegaba hasta él, con los ojos fijos en el grupo formado por las trece mujeres del *sakem*, que se apretujaban unas contra otras, aunque, al parecer, menos espantadas que él.

Entre tanto, Cabeza de Piedra, Petifoque, Jor y Ulric corrían hacia el punto donde la lucha parecía más encarnizada, esperando que allí se encontrase el caudillo de los iroqueses, y con él Davis.

Guiados por Mancha de Sangre, que era un buen guerrero, los mandanos se habían formado en una terrible fila en torno del campamento, aprovechándose de todo cuanto por la naturaleza del terreno podía constituir un abrigo, distribuidos en secciones de arcabuceros y arqueros.

La noche, como ya se ha dicho, era oscura, y la neblina invadía la tierra; pero el reverbero de la blancura de la nieve, que lo cubría todo, despedía cierta luminosidad que dejaba distinguir cuanto sucedía a alguna distancia.

Los iroqueses habían avanzado astutamente, sin revelar ni su maniobra ni el número. Los exploradores mandanos habían podido señalar su presencia, y nada más.

La grande extensión de los bosques enanos, que llegaban hasta las aguas del Champlain, favorecía la táctica de los iroqueses, permanecer ocultos durante su silencioso avance. Comprendiendo, no obstante, que ya no les era posible lanzarse por sorpresa sobre el campamento mandano, a una señal convenida dieron frente a sus contrarios, arrojándose resueltamente sobre ellos. Estos se dieron cuenta entonces de que los rodeaban por tres lados fuerzas enemigas en número doble por lo menos, aunque en valor individual fueran semejantes.

La única vía libre era la del río hasta la ensenada en que estaban amarradas las barcas. Pero esta circunstancia, favorable en cualquiera otra ocasión, en ésta les era absolutamente contraria, y acaso la más arriesgada, por la presencia de la flotilla inglesa en el lago.

Todo ello pensó en su cerebro Cabeza de Piedra, dándose cuenta de la situación como marino experto y lanzando de su pipa rabiosas bocanadas de humo, como si fuera la última vez que se fuera a servir de ella.

—Estamos bien cogidos... —murmuró—. Es necesario que dispersemos a la ligera a estos perros de iroqueses y nos retiremos al interior del bosque, porque me parece descubrir los pendones de las naves de Burgoyne, de los que penden tantas cuerdas con nudos escurridizos..., perspectiva que me desagrade tanto como el palo del tormento usado por los salvajes de estos países.

Los pieles rojas de toda América son, o, mejor dicho, eran, pues esta raza aborigen se puede considerar exterminada por completo o absorbida por la inexorable civilización, hombres resueltos y formidables cuando se ponían «en el sendero de la guerra», como solían decir en su lenguaje metafórico y pintoresco.

El placer de matar y escalar a sus enemigos era tal, que para ellos merecía cualquier sacrificio: el abandono de su tribu, de sus mujeres, de sus hijos; el afrontar rigores, penurias, fatigas y riesgos de toda especie, no los disuadía de marchar al combate con el mayor entusiasmo.

Entre tribu y tribu se mantenían perennes los rencores, que de vez en cuando estallaban en sanguinarias luchas; pero el mayor odio se concentraba de común acuerdo sobre el hombre blanco, el ladrón civilizador.

(Continuará en el número próximo.)

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS DE LA TERCERA SERIE DE CONCURSOS, NUMEROS 9, 10, 11 Y 12

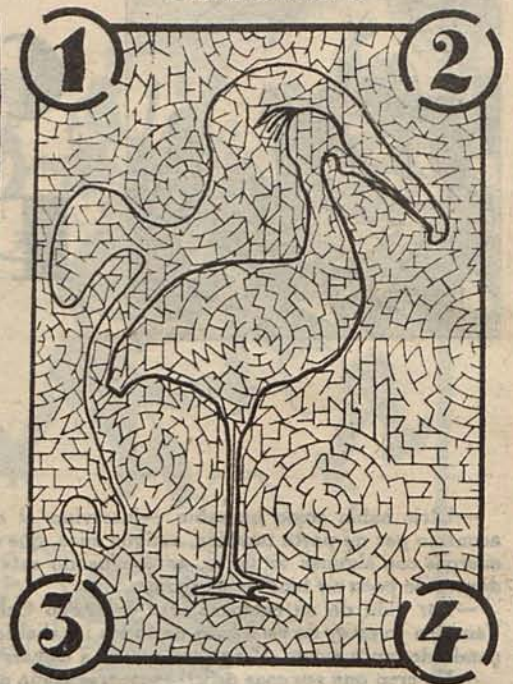
ROMPECABEZAS



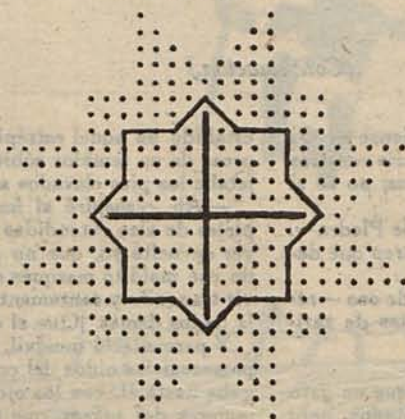
TERREMOTO



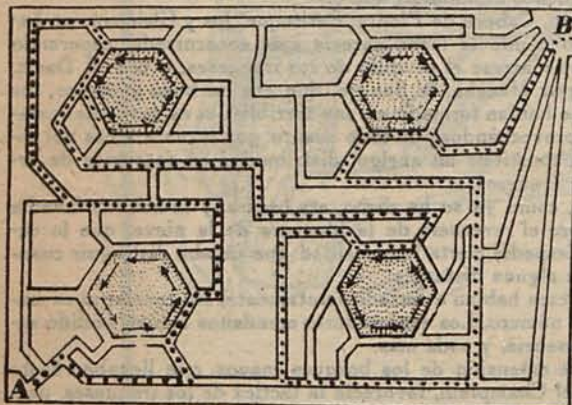
POBRE ANIMALITO



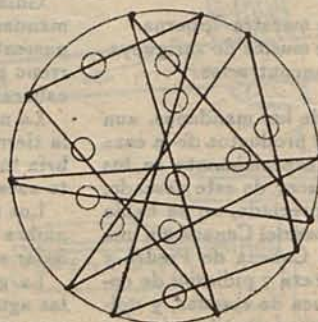
LA ESTRELLA



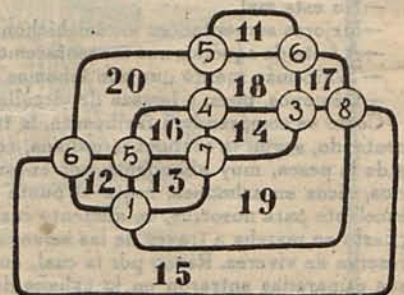
EL CAMINO



CÍRCULOS ENSARTADOS



SUMA COMPLICADA



REFRÁN

Al pan pan y al vino vino.

NOMBRE DE RÍO

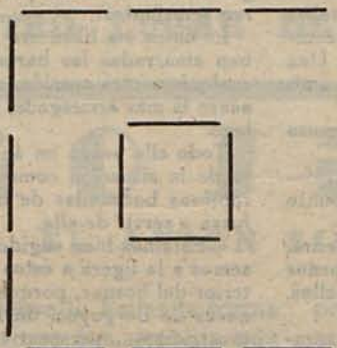
Guadiana.

NOTA

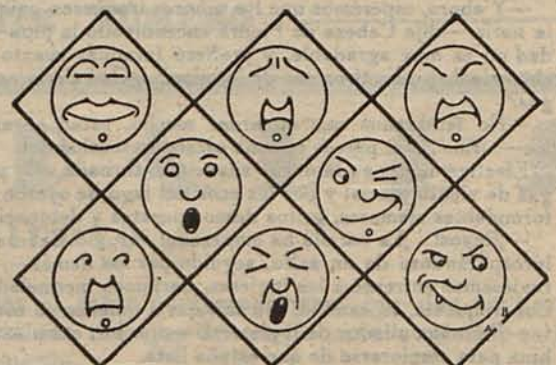
Queridos Pinochistas:
Terminado el 1.º de este mes el plazo de admisión de soluciones, correspondientes a los problemas de los números 13, 14, 15 y 16, y como el número de estas soluciones es enorme, necesitamos algún tiempo para revisarlas cuidadosamente con objeto de fallar con estricta justicia.

Oportunamente publicaremos el fallo y una plana como ésta con las soluciones de los trabajos.

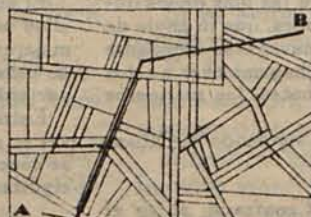
LOS CUADROS



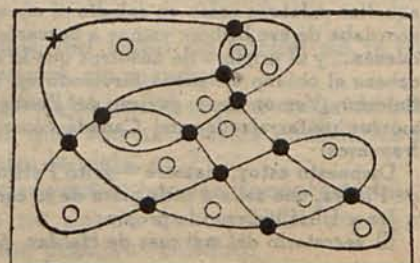
EL SOL ENCAJONADO



LABERINTO



PASATIEMPO



PINOCHO DEPORTISTA

Los internacionales indiscutibles.

Manolín Meana, el jugador necesario en el equipo nacional.



De todos los jugadores que honrada y sinceramente se han conquistado su puesto en el equipo nacional, Manuel Meana es el que sin discusión merece la aprobación unánime de crítica, seleccionadores y público en general. ¿Quién es Manolín Meana? Todo el mundo deportivo lo sabe; pero si vosotros, Pinochistas amigos míos, no lo sabéis por vuestra corta edad, yo, el caballero Dux, envejecido en las lides deportivas, voy a explicároslo.

Meana es un muchacho fuerte, joven, sencillo, ingenuo y entusiasta. Nació en Gijón y hoy tendrá unos veintitrés años, y comenzó a jugar a los siete. Hizo sus primeras jugadas en un equipo de «Santa Lucía». El teatro de sus primeros triunfos, la playa y el balón; uno formado con trapos, o una pelota de goma. Así comenzó a jugar este internacional indiscutible.

Pasó después, poco después, Meana al equipo infantil del Sporting, y una tarde, una de esas tardes en que se dan a conocer los «fenómenos» y casi se consagran, Meana surgió como un «as» futuro.

Jugaba el «Portugalete» contra el primer equipo del Sporting en el Campo del Moliuón; y como faltase un equipier, Meanita salió a sustituirlo.

El «peque» de Meanilla jugó de tal forma, que se reveló como una risueña esperanza que pronto, muy pronto sería una realidad gloriosa; así lo comprendieron todos los inteligentes.

Meana comenzó jugando de medio ala; pero eran tan exuberantes sus facultades, que pronto pudo desempeñar cumplidamente el comprometido puesto de centro medio. En algunas ocasiones y lo mismo que René Petit en la Real Unión de Irún, ha tenido que subir al ataque y ha sido el alma de su equipo que, animado de su entusiasmo, se transformaba en un bando realmente temible.

¿Cómo juega Meana? Es tan difícil, pequeños amiguitos míos, relataros a grandes rasgos cuál es la labor de Meana en el terreno de juego, que tenemos el temor de pecar de defecto de medios de expresión.

Meana es el jugador matemático, preciso, lo mismo en el toque de balón, que en el pase, que en su colocación. Meana es tan arrollador en el ataque como oportuno en la defensa. Se marcha a ayudar a los medios alas sin dejar por ello desmarcado al delantero centro contrario.

Meana practica el juego, duro, jamás sucio; por ello sin duda termina lesionado casi todos los partidos. Aún recuerdo cómo en el Stadio Bordelés, Huges, el medio centro del equipo francés, uno de los jugadores más sucios de Europa, castigaba a Meana sin compasión, haciéndole *fault* tras *fault*. Salió Meana en el descanso, y alguien le dijo: «¡Dale tú también!», a lo que Meana respondió, sonriente: «¡Déjale, hombre; si no hace eso el pobre, que va a hacer; no ves que no le dejo yo dar una sola vez al balón!»

Aquel partido se ganaba por 4-0, y Meana, con Alcántara, fueron los héroes de la jornada.

A Meana se le llamó a partir de aquel encuentro «el tanque humano»; y a pesar de ese juego suyo, tan corpulento, macizo, abrumador, nada tan científico ni elegante como su labor.

Y llegó el momento, pequeño pinochista deportivo, en que yo te explique el por qué afirmo al encabezar estas líneas que

la intervención de Meana es necesaria para los intereses futbolísticos de nuestra patria.

Son tales las facultades de este jugador, que lo mismo juega en campo duro que en terreno de hierba, cosa que no le sucede a «ninguno» de los equipos nacionales.

Tan a las claras está la necesidad de que Meana se restablezca de su lesión y vuelva a defender los colores de España, que vamos sólo a recordar dos partidos en que le echamos de menos: es más, le deseábamos.

En Colombes, en aquel partido inolvidable en que Vallana y nuestra mala estrella se encargaron de eliminarnos de la Olimpiada, el bilbaíno Larraza fracasaba, y con él toda la línea media, nosotros recordamos a Meana.

En Valencia, y en fecha bien reciente, por cierto, frente a Italia, Gamborena fracasaba y con él también sus compañeros de línea, y la figura simpática de Manolín se levantaba en nuestra memoria como una esperanza. «¡El día que él pueda jugar!» ¿Y si ahora saliese? E instintivamente le recordábamos con toda su potencia en ese bello momento en que, en medio del campo, como una estatua clásica, con los brazos en cruz, la cabeza hacia atrás, después de arrestar un balón, lo pasaba con rapidez y precisión admirables a uno de los extremos.

Otra cualidad de Meana debe consignarse en estos tiempos de mercenarios del deporte.

Meana, rechazando toda clase de ofertas—las tuvo tentadoras—, no pierde su carácter de «amateur» o aficionado, mientras

otros con menos, muchísimo menos mérito que él, triunfan y se pasean en automóvil propio; por eso al estrechar la mano de Meana se siente la satisfacción de saludar a una gloria del deporte nacional y al caballero deportista que juega al fútbol sin otro interés que el de divertirse y gozar con el triunfo de su bando.

Este es Manolín Meana: la España deportiva desea que pronto vuelva a figurar en los medios nacionales para que aquella tripleta siga siendo la explicación de nuestros triunfos internacionales.

Dux.



PARA LOS CORRESPONSALES DEPORTIVOS DE «PINOCHO».

Todo aquel que quiera ser corresponsal deportivo de PINOCHO no tiene más que mandarnos reseñas con letra clara y en cuartillas escritas sólo por una cara.

RESEÑAS Y RESULTADOS

(Servicio especial de nuestros corresponsales.)

En Málaga:

Schneider, el simpático e inteligente defensa izquierda del Málaga F. C. se marcha al extranjero, pero sus compañeros, queriendo antes testimoniarle de algún modo el cariño que le tienen, organizaron un partido entre dos equipos, cuyos individuos eran jugadores del Málaga. Dicho partido celebróse el domingo 12 en el campo de dicho Club.

La formación de los equipos fué:

Por el blanco: Vargas, Prolongo, Schneider, Vides, Casado, Gutiérrez, Kustner, Segovia, Pedrós, Vallerías y Pardo. En el negro: Santizo, Marmolejo, M. Bañares, Martín, P. Bañares, Recio Morales (S.), Huelín, Fuentes, Corsi e Ingunza.

Como los 22 eran notabilísimos jugadores, pasamos una tarde «bien», pues el magnífico juego que desarrollaron estu-

vo pleno de entusiasmo y técnica, con brillantes combinaciones.

El resultado fué de 3 a 2 con la victoria de los blancos, si bien esto se daba por descontado, pues jugaron mucho más y con más brío que los negros, aunque éstos en el segundo tiempo reaccionaron y se igualaron a los blancos, que tuvieron para asegurarse la victoria que desplegar todo su valor y rechazar la invasión de los negros, consiguiéndolo al fin.

Ya anochecido terminó el encuentro sin que hubiésemos tenido ni un instante de aburrimiento.

Sobresalieron Segovia, Schneider, Casado y Vargas, Pardo y Kustner nos gustaron mucho, y los demás también nos dejaron buen recuerdo.

MELENITAS.

* * *

En Valderas:

Con dominio constante del San Pedro S. C. se celebró el partido de fútbol entre este equipo y el España F. C.

Marcaron tres tantos los del San Pedro por ninguno los del España.

Los «goales» se marcaron el primero por un pase largo del medio centro al inter derecha, que empalmó sin parar a la red. El segundo, de un corner y el tercero de un remate de cabeza en una melée.

Se distinguieron por el San Pedro el medio centro Frutos, el delantero centro Carrapa, el defensa izquierda Sindo y el exterior izquierda Doroteo. Por el España, el portero Aníbarro.

RACING.

* * *

En Betanzos:

Se ha jugado el segundo partido entre el Betazos y el Edeus de La Coruña.

Vencieron los coruñeses por 5-0.

* * *

En Ceuta:

El día 12, se jugó un partido entre el Racing infantil y el Ceuta F. C. Ambos bandos empataron a tres tantos.

PASTAR.

* * *

En Valencia:

El Mercurio y el Gimnástico (infantiles) jugaron un bonito partido; vencieron los primeros por 1-0.

DIÉGUEZ.

... Y CADA DÍA SURGEN MÁS EQUIPOS Y JUGADORES PINOCHISTAS LLENOS DE ENTUSIASMO

Asustados estamos del entusiasmo con que han acogido los Pinochistas la idea de formar equipos que lleven el nombre de tan ilustre personaje.

En Madrid ha surgido un nuevo equipo, que, según nos anuncia, tiene un local en donde dar conferencias y pretende ser nada menos que el órgano técnico consultivo de todos los Clubs Pinochistas. Se titula este bando «Club Pinocho Sporting».

Y ahora se nos ocurre preguntarles: ¿No sería mejor que se pusieran de acuerdo para jugar frente a otro equipo Pinochista, visitándonos para ello en nuestra Redacción?

Claro es que si la labor que pretenden llevar a cabo es solo técnico-consultiva...

—Los hermanos del Olmo (Jesús, Santos y Manolo), quieren jugar en un equipo Pinochista. ¿No hay por ahí algún equipo al que le hagan falta tres formidables jugadores? Estos futuros internacionales viven en Madrid y en la de Jorge Juan, 72.

—En Cuenca se ha formado un equipo con el nombre de «Athlétic Club Pinocho», uniformado a las mil maravillas, sólo les falta la camiseta, y consultado Pinocho ha dicho que blanca y encarnada resultaría muy bonita, y si se pudiese en los jerseys bordar con lana la figura de su ilustre persona, todavía resultaría mucho mejor. Este equipo está formado por Martínez, Carrillo, Muñoz, Rubio, Autelo, Moreno Martínez (Francisco), Cotillas, García y Sanabria.

—En Coruña, nuestro amiguito Alfonso Vilariño también ha formado su equipo, como sigue: Pérez, Barreiro, Novoa, Vilariño, Gaondo, Pérez (Enrique), Corredoira, Rodríguez, Chao, Vázquez, Alonso y Rodríguez. Esperamos que este equipo anule la actuación del «Deportivo».

—Para los del Esperanza F. C. No hay inconveniente, siempre que estéis dispuestos a intervenir en la eliminatoria.

—En Barcelona, Manolito Hernández, que vive en Aribau, 103, quiere jugar de extremo derecha. ¿Quién necesita en la ciudad condal un pequeño Piera? También los hermanos Posada (Alfonso XII, 56) quieren jugar.

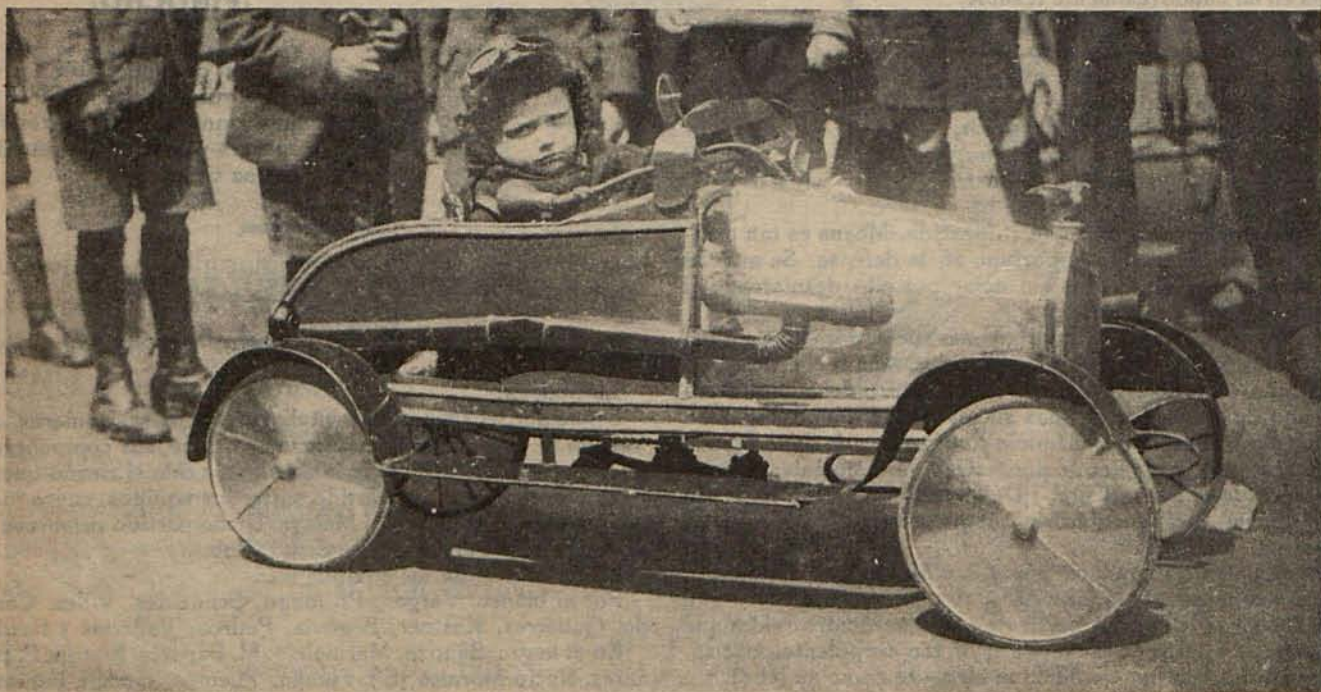
—...Y en Sevilla, ¿no hay unos puestos para Luisito Halcón, que vive en Zaragoza, 25, y para Enriquito Arnáiz, que vive en Salud, 9?

—En la calle del General Pardiñas, 22, hay un defensa izquierda llamado Alfonso López; para el que quiera algo de él.

—A. Ortiz, de Sevilla, quiere jugar al fútbol. En esta misma sección hay otros Pinochistas que tienen idénticos deseos; ¡pues con ponerse de acuerdo!...

—Rafael Duque, de Madrid, quiere jugar al fútbol; pues escribe a cualquiera de los que en la Corte tengan deseos análogos a los tuyos.

—Y en Alcalá, Manolito Hidalgo, que vive en los Pabellones del Regimiento de la Reina, quiere formar un equipo. ¡Ya lo sabéis, Pinochistas de Alcalá!



Un juguete que ha llamado poderosamente la atención en las calles de Londres ha sido este automovilita, en el que se reúnen en miniatura los últimos refinamientos de la industria automovilista.

Foto. MARÍN.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAS GRANDES INTERVIÚS

EL LEÓN DEL PARQUE

Cumpliendo nuestro deber periodístico de escuchar las opiniones de los elementos que interesan a nuestros lectores, hemos visitado la Casa de Fieras, dispuestos a entablar conversación con alguno de los vecinos.

Parece que el león es el más indicado, por considerársele de antiguo como rey de los animales.

En la jaula, una hermosa leona tendida en el suelo, entorna los ojos al sol.

—Buenas tardes. ¿El señor león?

Ella me mira perezosamente con un ojo guiñado.

—Entra y le buscas —dice.

—Muchas gracias. No paso porque espero a un amigo —le contesto mintiendo—. ¡Cualquiera se decide a pasar!

Entonces grita vagamente:

—¡¡Balón!!

La fiera resulta llamarse Balón.

Al momento aparece por una puerta del fondo el esposo y se acerca despacio, majestuoso, colocando cada garra en el suelo sin el menor ruido, como si caminara por una alfombra.

—¿Me llamas, Palmera?

—Este niño quiere hablarte.

El león me mira con sus ojos amarillos, y yo casi me caigo de terror.

—¿Qué deseas?

—Yo soy Chonón; pertenezco a la redacción de PINOCHO, y venía a entrevistar a usted.

—¿De PINOCHO? ¡Qué alegría! Pasa, pasa dentro...

Veo tal sinceridad en su satisfacción, que me decido a entrar.

—¿Por dónde? —pregunto.

—Por entre estos dos barrotes más anchos. Primero cuela la cabeza... Así, muy bien. Ahora vamos allá dentro para que no nos curiosean. Y dime, ¿cómo está Pinocho?

—Muy bien. Le ha dado por el deporte y está muy fuerte.

—Puedes comenzar la interviú.

—¿Por qué le llaman a usted rey los demás bichos?

—¡Qué se yo! —exclama modestamente—. Tal vez porque dicen que soy muy majestuoso en la marcha y piso siempre como si todo el terreno fuera mío. Soy fuerte, dominante... No es más que eso.

—Ya es bastante. ¿Cómo vivía usted en África?

—Lejos de todo. Hasta de los míos. Los leones somos gente de poca sociedad. A veces no vamos ni con nuestras esposas. Solos, solos...

—¿Y qué comía usted?

—Reses; pobres animalitos que iban tranquilamente a beber a los lagos. Por allí hay poca agua, como tú sabes, y precisamente los escasos sitios húmedos se rodean de matorrales. Yo me escondía, me arrastraba, oía, escuchaba, miraba por entre los cañaverales, y de pronto daba un salto... y era mía la presa. Es muy bonita la caza.

—Pero un poco cruel —le digo.

—¿Cruel? Menos cruel y más bonita y noble que la caza con escopeta. Eso no te quepa duda, Chonón.

—¿Odia usted a los humanos?

—¡Quita, hombre, quitá! Yo no sé quién inventa esas leyendas. No te digo que con mucha hambre y en medio del desierto no me decidiera. Pero ahora... ya podían poner esos barrotes de papel, como en las decoraciones de teatro.

—Pues los hombres se aterran cuando oyen su rugido.

—Ya lo sé. Y a lo mejor es que se me abre la boca de sueño. Algunos antiguos se ponían nuestras pieles y nuestras cabezas por cascos y creían que así parecían más valientes. Y hoy día, en algunas tribus, dan de comer a los niños el corazón de mis hermanos para que se templen y se envalentonen. Aquellos eran unos cursis, y éstos unos incultos.

—Pero eso es para envanecerse, señor Balón.

—Eso sí. Tú ya ves la entrada del Congreso y tantos sitios más: un león con la garra sobre la bola del Mundo. Eso significa poderío. Soy símbolo de amo. Y, sin embargo, puede que me llegaran a enganchar a un arado, con un burrito por pareja...

—¿Usted cree eso?

—Naturalmente. Lo que pasa es que en cuanto ven que me achanto y que no agarro mientras no tenga ganas de desayunar, me gritan, me amenazan, disparan tiros al aire, creyendo que así parecen más valerosos. Pero todo eso es fanfarronería, embuste. Con halagos harían de mí lo que quisieran.

—Cuénteme usted alguna anécdota de su vida.

—Voy a referirte una que viene a pelo, querido Chonón. Estábamos una mañana muy tranquilos en esta jaula mi esposa y yo, cuando apareció sofocadísimo un pobre señor, con sombrero de copa y bastón. Al llegar cerca de aquí, tiró el sombrero y se coló por entre los barrotes que tú conoces. Yo creía que era un suicida equi-

vocado. Pero inmediatamente llegó su esposa con una escoba, y le gritaba desde fuera: «¡Cobardel! ¡Cobardel! ¡Sal aquí!» Pero él no salía. Estaba tan a gusto entre nosotros, que sí que éramos mansos.

Reímos el león y yo; y Palmera, que escuchaba también, rió al recordarlo.

Después digo:

—Para terminar, señor Balón, ¿cómo fué usted cazado?

—En una trampa traidora; en una especie de trinchera, con la boca más estrecha que el fondo y cubierta con cañas. Cuando caí adiviné la mano del hombre; la adiviné según caía. Vino en seguida un griterío de negros, que me insultaban culpándome de la desaparición de una cabra. Me enredaron en una red y me enjaularon luego. Cuando oí que me traían a Madrid, pensé que sería para tirar de la Cibeles o para el Congreso, porque hubiera fallecido alguno de mis cuatro hermanos. Pero me trajeron aquí, y aquí estoy. Me casé con Palmera, que es muy mujer de su casa, aunque un poco perezosilla, y vivimos felices.

Al despedirnos me ofreció su tarjeta. Decía así:

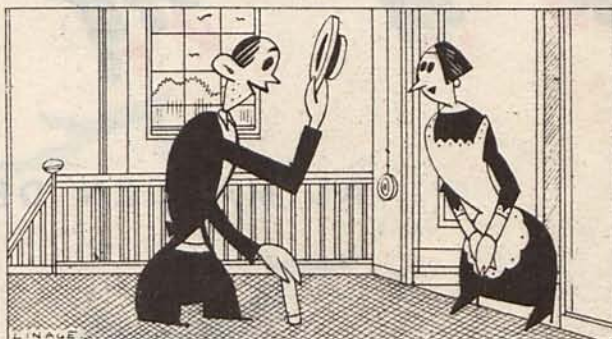
—Balón León. No es tan fiero el león como le pintan.—CHONÓN EL CURIOSO.



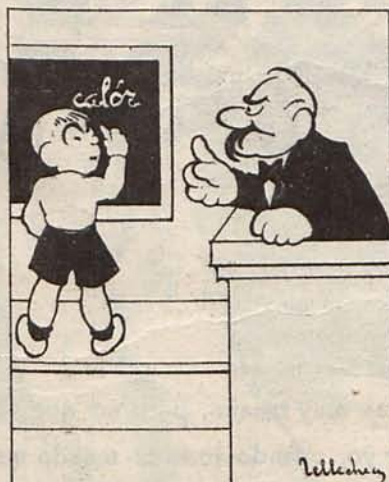
B U E N O S Y M A L O S



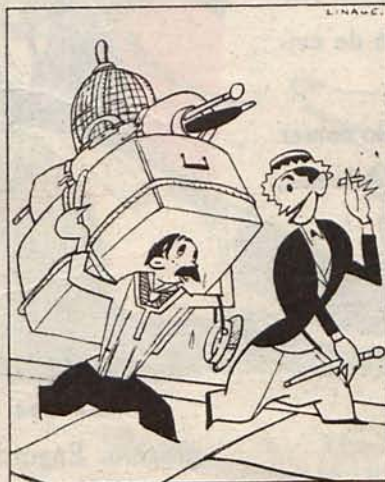
—Mira, Luisín, ese perro es policía.
 —Pues no lo parece.
 —Es que es de la policía secreta.



—¿Vive aquí un muchacho que se llama Perico y que es de Aranjuez?
 —¿Perico y de Aranjuez? Eso, en la frutería de al lado.



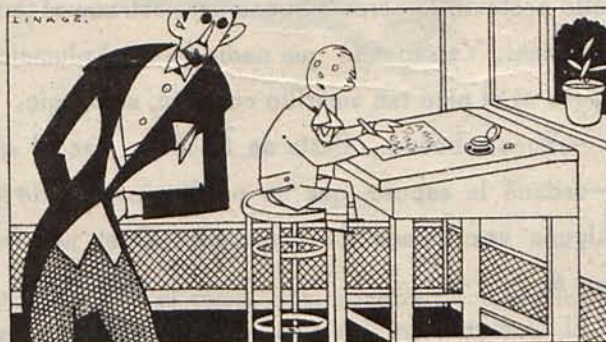
—¿Por qué me pone *calor* con acento?
 —Porque he oído decir que en estos días el calor se acentúa.



—¿Que te gustaría ser en vez de mozo de cuerda?
 —Tormenta, señorito, tormenta.
 —¡Hombre! ¿Y por qué?
 —Para descargar, señorito, para descargar.



—¿No te da vergüenza salir a la calle con esa cara tan sucia? Se ve que esta mañana has tomado chocolate.
 —No, abuelito; el chocolate lo tomé ayer.



—Pero, niño, ¿por qué haces las letras tan grandes?
 —Es que estoy escribiendo a Pedrito y es sordo.



—¿Y tú, rico, sabes cómo murió Colón?
 —Sí, señora; descuartizado.
 —¡Qué horror! ¿Estás seguro?
 —Sí, señora. El otro día vi en el *cine* un anuncio que decía: *Colón en cinco partes*.

LA SEGUNDA HISTORIA DEL QUESO, EL ZORRO Y EL CUERVO



AL MARGEN DE LA FÁBULA

I

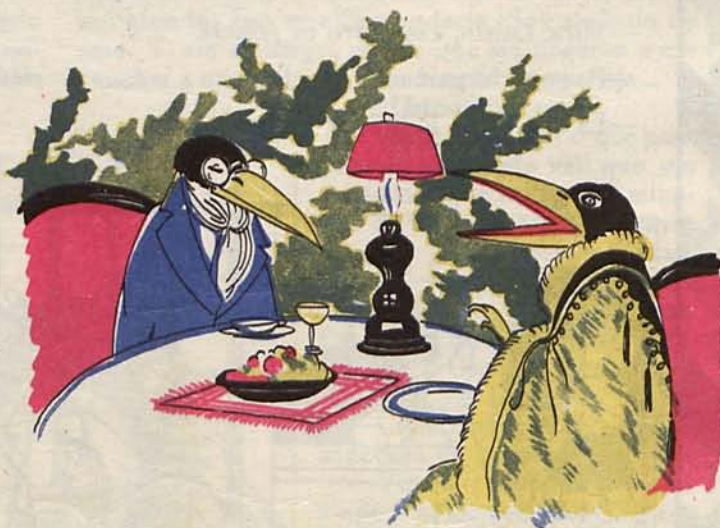
Cuando la señora del Cuervo acabó de cenar exclamó:

—El caso es que aun tengo hambre. Esposo mío, haz el favor de traer el queso de la despensa.

Al pobre Cuervo se le erizaron las plumas. Había llegado la hora de la catástrofe. Trató de evitarla.

—Mira, yo creo que por la noche es malo comer demasiado... Luego tiene uno pesadillas... Además, estás empezando a engordar.

Nunca lo hubiese dicho. Ante aquella alusión, la señora del Cuervo se irritó:



—Sabía que eres muy tacaño, pero no que fueses grosero. Engordar yo, cuando todo el mundo me admira... El otro día, un señor de la ciudad, muy bien vestido, y hasta con gafas de oro, que iba con su señora, dijo, mirándome volar: —Mira, Eugenia, un rapaz—. Me tomó por una criatura.

—Te lo digo por broma —dijo el Cuervo, a quien todo pretexto le parecía bueno para retrasar el terrible momento. Ya sabes tú que nadie tiene el plumaje tan negro ni el pico tan amarillo como tú, amor mío.

—Bueno, bueno... Basta de trucos y trae el queso —ordenó la esposa, que no perdía su idea de vista. Alguna vez hemos de empezarlo. O si no, iré yo por él.

El Cuervo cerró los ojos... ¡Ya se había armado la gorda! Y lo de la gorda podía aplicarse a su esposa, que volvió de la despensa enfurecida y con una badila en alto:

—Bribón, goloso, vago. ¡Ya comprendo por qué no querías ir a buscar el queso! Te lo has comido todo. ¡Señor, qué he hecho yo para merecer un marido tan



desvergonzadol —gimió, dejándose caer sobre las pajas del nido.

—¡Déjame que te explique! —murmuró el infeliz, tratando de atajar el torrente de insultos—. Vas a despertar a todos los pájaros... Ya sabes que encima de

mucho su belleza y aire inteligente. El, como persona fina, le respondió, mientras continuaba su tarea. Maese Zorro continuó sus elogios y le dijo una cosa que le llegó al alma.

Sin duda le habían hablado de su hermosa voz y es-



nosotros duerme el sisón, que, aunque tiene el sueño pesado, puede oírlo todo...

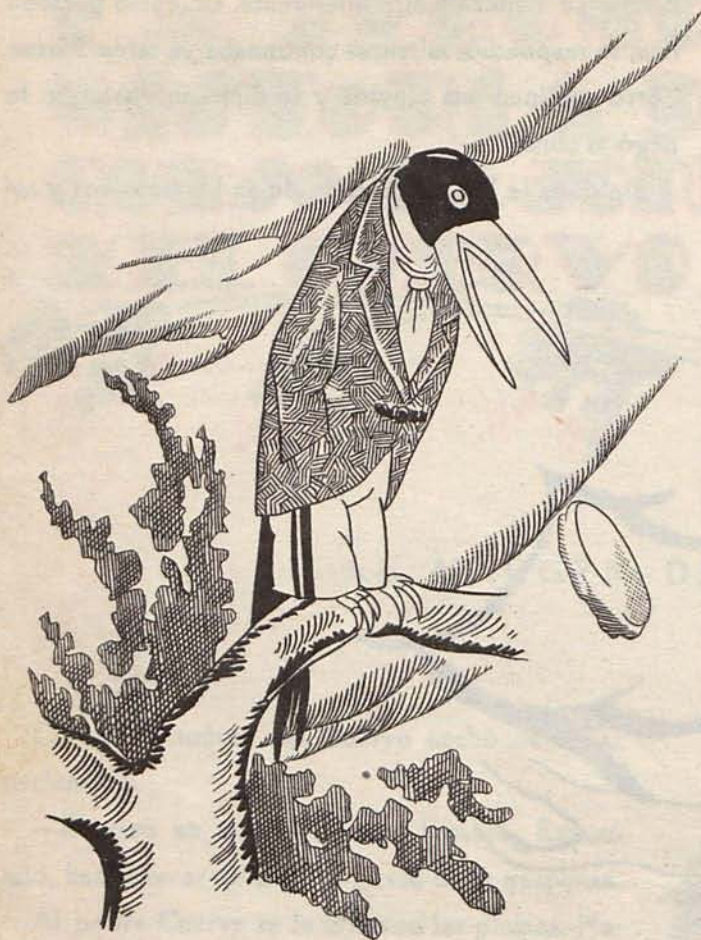
—¡Mejor! ¡Así se enterarán todos de tu desfachatez! ¡Hay que ver, comerse un queso él solito!

A duras penas logró el Cuervo explicarle lo sucedido. Estaba arreglando la despensa cuando pasó bajo el árbol Maese Zorro. Habitualmente no le saludaba, pero aquella mañana le deseó los buenos días y le alabó

tilo de canto, porque opinó que si su voz corría parejas con el esplendor de su plumaje, sería, sin duda alguna, el Fénix del bosque.

—¡Ja, ja! ¡El «Félix»! —rió la Cuerva, que era persona poco instruída—. ¡Algún *cantaor* de café flamenco! Y tú, ¿qué dijiste, pazguato?

No le pude contestar, porque en aquel momento tenía el queso en el pico para guardarlo en el armario.



—¡De seguro le has convidado a merendar, por darte cobar! ¡Ay! ¡Qué paciencia necesito!

—No... —dijo el Cuervo muy apurado—. No le dije nada... Pero el Zorro siguió diciendo que le habían contado que yo cantaba mejor que el «Mochuelo» y que debía cantarme una copla... Yo, para complacerle, abrí el pico, y dejé caer el queso al suelo...

—¿En el barro? —dijo la dama—. ¡Sucio, más que sucio!

—No llegó a tocarlo... El Zorro lo alcanzó con el hocico y desapareció más que a paso... Pero puede que lo devuelva...

—¡Sí... lo devolverá si le hace daño! ¡Imbécil, pazguato! Por supuesto, que la culpa es mía. Si me ocupase yo de todo...

—¡Te hubiese ocurrido lo mismo! —dijo el Cuervo.

—No soy tan tonta... Y si lo dudas —añadió al ver que el Cuervo se sonreía—, mañana verás como el Zorro no me toma la pluma.

Y se acostaron sin postre y de muy mal humor.

II

A la mañana siguiente, cuando Maese Zorro volvía de visitar un gallinero, se encontró con la señora del Cuervo, encaramada en una rama y con un queso en el pico.

—¡Vaya! ¡Por lo visto, esta familia tiene delirio por el queso! El caso es que yo también. Veamos si consigo arrebatárselo.

Y parándose debajo del árbol, saludó muy fino:

—¡Muy buenos días, señora!

La pájara le contestó con una inclinación de cabeza muy seca.

—¡Cuánto me alegro de verla! ¡Se vende usted muy cara, como todo lo bueno!

La señora del Cuervo sonrió, sin contestar.

—La verdad es que tiene usted un marido que canta como un ruiseñor. Y ya me han dicho que usted le acompaña maravillosamente.

La aludida se encogió de alas, pero no soltó el queso.

—Por supuesto, que con esa cara y con esas hechuras, aunque no cante, no lo necesita... ¡Preciosa!

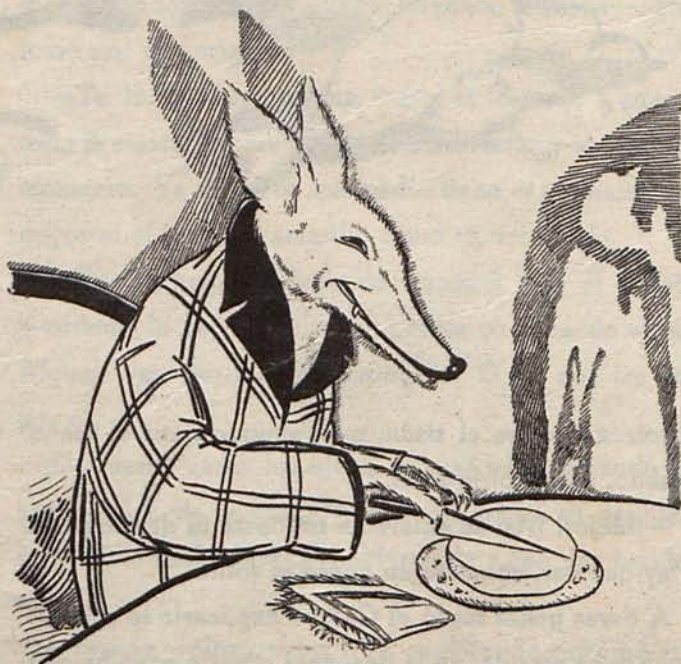
La señora del Cuervo triunfaba. En vano el Zorro derrochaba tesoros de elocuencia. ¡Ella no se dejaba engañar! Y para afirmar su triunfo y que lo oyese su marido, oculto en el nido, exclamó:

—¡Vaya, vaya, señor lisonjero, con la música a otra parte! ¡Ya ve que conmigo pierde el tiempo!

Pero cuando acabó se dio cuenta de que ella también había dejado caer el queso y que ya el Zorro se lo llevaba lejos, mientras el Cuervo reía como hacía tiempo que no había reído.

JOSÉ ZAMORA.

□ □ □



EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

EL RECADO GIGANTESCO

Adelaida, desde Méjico, en donde yo estaba, se había embarcado con rumbo a Europa.

El objeto del viaje era el comprarme unos tirantes, que le habían dicho que en París costaban dos pesetas menos que en Méjico. Como Adelaida era ante todo una mujer de su casa, había emprendido el viaje sólo mirando a la economía. No puedo negar que me encontraba muy mal sin ella, de tan acostumbrado como estaba a tenerla a mi lado.

Andaba por el mundo y emprendía mis aventuras con la seguridad que da el llevar a una persona muy fuerte al lado y que en un momento de apuro puede decidir una cuestión en nuestro favor. Por las noches dormía tranquilo sabiendo que nadie osaría turbar mi sueño para no exponerse a sus iras.

Mi soledad, pues, me había puesto de mal humor, y sólo de vez en cuando hacía alguna cosilla para distraerme. Un día alquilé un tranvía de la población y lo fui guiando por todos los itinerarios que quise, llevando convidados a los amigos. Otra vez, en el circo, había un equilibrista que pasaba por la cuerda floja por encima de la pista, y yo dije que hacía más.

Dije que subieran la cuerda más alta, y me fueron obediendo, y, con gran asombro del público, vieron cómo yo siempre pedía que fuese colocada más alta. Cuando llegaron los que ponían la cuerda al techo, yo reclamé que la colocasen aún más alta, y entonces hubo que extraerla por una ventana y extenderla sobre la claraboya de cristales. Entonces yo la atravesé tranquilamente, pisando no sólo la cuerda sino el techo. Y como al público le había demostrado que yo atravesaría el espacio a mayor altura que el equilibrista, me premiaron con una imponente ovación.

Alguna cosilla hice más, como la caza de moscas con la cabeza, que consiste en quitarse el sombrero y dejar que las moscas se posen en el cráneo; entonces se lee una novela muy impresionante, hasta que la cabeza arde... y, claro, las moscas que están encima se queman.

Pero nada bastaba para consolarme de la ausencia de Adelaida. Le puse, pues, un telegrama diciéndole que volviese en seguida.

Calculé que mi esposa saldría a los dos días de París para embarcar en El Havre en el primer

transatlántico. Y ya había transcurrido día y medio cuando me acordé que necesitaba también una corbata. Ya no había tiempo para ponerle ningún cable, y otro que yo se hubiese amilanado; pero yo no. Cogí varios lápices que tenía y los até los unos a los otros, punta con punta; después mandé comprar todos los lápices del país, y me fueron llegando millares de lápices, que yo iba atando de la forma antedicha, de manera que la vara formada por los lápices atados comenzaba a tener una longitud extraordinaria. Siguiendo mi tarea sin descanso, ayudado, debo decirlo, por mis buenos amigos Francisco Sánchez y Clemente López, conseguí

que el lápiz primeramente colocado llegase a estar lejísimo de mí. Hacia ya mucho tiempo que la vara era más alta que las más altas casas, y hubo un momento en que lo encaminé al mar.

Trabajé sin descanso hasta que, mediante unos cálculos, supuse que el lápiz primero ya había llegado a París; entonces, y siempre con ayuda del cálculo, empuñé el lápiz monumental y escribí en la pared de la casa que mi esposa habitaba en París: «No vengas sin

traerme una corbata.» Y después le puse: «Que gastes poco y te diviertas mucho.» Y también: «Me estoy corriendo las grandes juergas.»

El lápiz se me escapó de las manos, y después de levantarse un poco, cayó sobre mí repetidas veces. Ese detalle cariñoso me hizo ver que Adelaida seguía buena y se había enterado del aviso, ya que era seguro que al darse por ofendida había empuñado la punta del lápiz y me había golpeado con el mango. Cuando llegó mi esposa me contó cómo había gustado mucho mi manera de avisar entre los franceses. Y es más, mucha gente pensaba adoptar el sistema expuesto para hablar con la gente que esté distante. Sólo que esto tenía un defecto, y era que ensuciaba las paredes y hubieran comenzado las multas.

Pero Adelaida completaba todas mis ideas, y después de atar como último lápiz uno con mango de goma, cogió toda la serie, le dió la vuelta y se entretuvo en borrar de las paredes parisinas todo lo que yo había escrito el día anterior.

Así resolví el problema de las comunicaciones.
EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



PROGRAMA
PARA HOY

EL RUBÍ
DE
FRESA

¡Sensacional!

GRAN CINE



EL RUBÍ DE FRESA

En el reino de Rocas Altas vivió el rey Billares II, a cuyo servicio estaba un confitero —el inventor de las natillas— y su esposa, mujer de una honradez tan magnífica, que tenía a su cargo la limpieza del oro y de la plata de aquellos reales comedores, en que sólo se comía en servicios de oro y plata.

En ocasión en que la corona del rey tenía una manchita de aceite, porque le saltó al abrir una lata de sardinas, llamó a Acetilena, que era la mujer del pastelero, y la encargó de la limpieza del maravilloso sombrero simbólico.

Acetilena se sentó a la ventana de la cocina, y con gran cuidado comenzó la faena. Era una corona con perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes, joyas todas de un tamaño desacostumbrado.

Dos y hasta tres horas se pasaba la servidora con cada piedra preciosa.

Y he aquí que cuando llevaba tres días de limpieza, un precioso rubí se desprendió, rodó con mala idea, y cuando Acetilena corrió en su busca, había desaparecido por la alcantarilla de la cocina.

La pobre mujer se tapó los ojos con el delantal, comenzó a llorar y le contó, aterrada, la desgracia al confitero, que en aquel momento preparaba un riquísimo pastel de fresa.

Ambos se pusieron a pensar, angustiados por la preocupación, y el marido dijo de pronto:

—¡Calla! Tengo una idea: colocaremos una fresa roja.

—Tengo miedo de que lo noten! —exclamó ella.

—No lo creas. Yo compro fresas muy encendidas de color. Lo malo es si el perfume nos delata.

En efecto: nadie notaba que uno de los rubíes de la corona de Billares II era de fruta. Y es el caso que la corona era la admiración de cortesanos y damas y que constantemente la estaban mirando con envidia.

Pasaron los meses, y estando un día el rey leyendo PINOCHO, le molestaba oír cómo lloraba en su cuna el infante Tragalito, casi recién nacido. Para hacerle callar, el rey Billares II tuvo una idea: le entregó la corona. Tal vez los colorines de las joyas le distrajeran.

Y, ciertamente, el infante se quedó completamente en silencio. Embebido todavía el rey en la lectura, escuchó que su esposa, la reina Florera, gritaba con espanto.

—¿Qué te sucede, esposa mía? —preguntó aterrado Billares II.

—¡Oh! ¡Tragalito se ha tragado un rubí de tu corona!... ¡Aquí falta!... ¡Qué horror!!

El rey mandó buscar a todos los doctores de Rocas Altas, que en aquel momento estaban regando sus huertos de plantas medicinales en las afueras de la población. Por eso tardaron en llegar. Es que se habían inventado las natillas. Pero no se habían inventado ni el teléfono, ni los automóviles.

Cuando los doctores entraron en Palacio, Billares II y la reina Florera rodeaban a Tragalito y le tomaban constantemente el pulso, llenos de miedo.

Los papás lloraban, el niño reía y se relamía que daba gusto verle.

El cónclave de doctores pulsó al infante con todo interés. Y el niño seguía riendo.

No conformes con esto, le hicieron sacar la lengua. Y entonces se espació por la estancia un rico y refrescante olor a fresa.

El médico más famoso dijo al rey:

—Nosotros, señor, estamos sobrando: Este caso extraño no pertenece a la Medicina, puesto que el niño está perfectamente sano.

—¿Qué hago entonces? —dijo el rey.

—Aún tiene vuestra majestad dos caminos: avise a un detective o hágase visitar por un mago. El niño está completamente bueno, y nosotros nos vamos.

La reina Florera lloraba de alegría, y Billares II bailaba la jota en medio de los doctores, hasta que se enredó en el manto, y a poco rueda.

De todos modos, el rey llamó al detective señor Kilos para averiguar el paradero de la joya.

El detective llegó de muy lejos, montado en un carro de águila, como él lo llamaba, que era un columpio atado por cuatro cuerdas a los cuellos de cuatro águilas enormes y domesticadas.

Cargó su pipa de espliego —Kilos fumaba espliego—, cogió la gran corona, echó sobre ella una bocanada de humo sin querer, y cuando quiso advertir a qué olía la mella que había dejado el rubí, ya no olía más que a espliego.

Perdió una ocasión de haberlo adivinado por el perfume.

Después llamó a todos los servidores de Palacio y les hizo preguntas encaminadas a averiguar quién había robado la joya. Cerraba a cada criado y le decía:

—Respóndeme en seguida, en seguida. ¿En qué joya estás pensando?

—En un diamante —decía uno.

—En una perla —decía otro.

Esto le hizo ver que ninguno había sido, porque no hubieran podido pensar en otra joya tan inmediatamente; la conciencia se lo recordaría.

Lo que le hizo gracia a Kilos fué la respuesta del confitero y su mujer.

—¿En qué joya estáis pensando?

—En una fresa.

Kilos se echó a reír. Creyó que los cocineros pensaban en lo suyo. Dos días siguió rebuscando por Palacio. A los dos días se agarró a su columpio volandero y dejó un papel colgado de un pico de la corona, diciendo: «Kilos ha fracasado.»

El rey eligió un robusto caballo blanco de sus cuadras y mandó con él a buscar al mago más afamado del mágico reino de Ynancia.

Después de cinco días de camino, el Mago Simón llegó al Palacio, envuelto en su manto de sedas y oros.

El Rey le pasó a su despacho y le contó lo que pasaba. Sería sobre dónde habría ido la joya que había desaparecido, según creyó ver la Reiua en la boca del Príncipe Traglaito.

Simón abrió su maleta; sacó un gato, una lechuza, un cencerro y un frasco lleno de cocimiento de rábanos con vinagre. Encendió una lamparilla, apagó las velas y rogó que le dejarau solo toda la noche.

La noche fué molesta para el Palacio. El gato mayaba tristemente y se le oía en todo el edificio. Por la ventana salía un humo terrible, que hacía toser.

De madrugada estalló el frasco por motivo de un petardo que el Mago ponía para sus averiguaciones mágicas.

Por la mañana, el Mago Simón salía de la estancia tirando de una cuerda donde iban atados el cencerro, el rabo del gato y una pata de la lechuza.

Cuando Billares II se acercó, Simón dijo:

—El rubí se ha burlado de mí; o estos bichos no me sirven de nada. Yo me voy avergonzado.

El Rey le acompañó hasta la puerta, y perdió para siempre las esperanzas de encontrar el rubí.



Cuando al año siguiente se celebró el aniversario del susto tan enorme que los reyes se llevaron, Acetilena llevó a la mesa un pastel que su marido había confeccionado.

Imitaba una corona, donde las perlas eran uvas, los rubíes eran fresas y el oro bizcochos.

El niño se puso de pie en la silla y cogió una hermosa fresa encendida cuando nadie le veía.

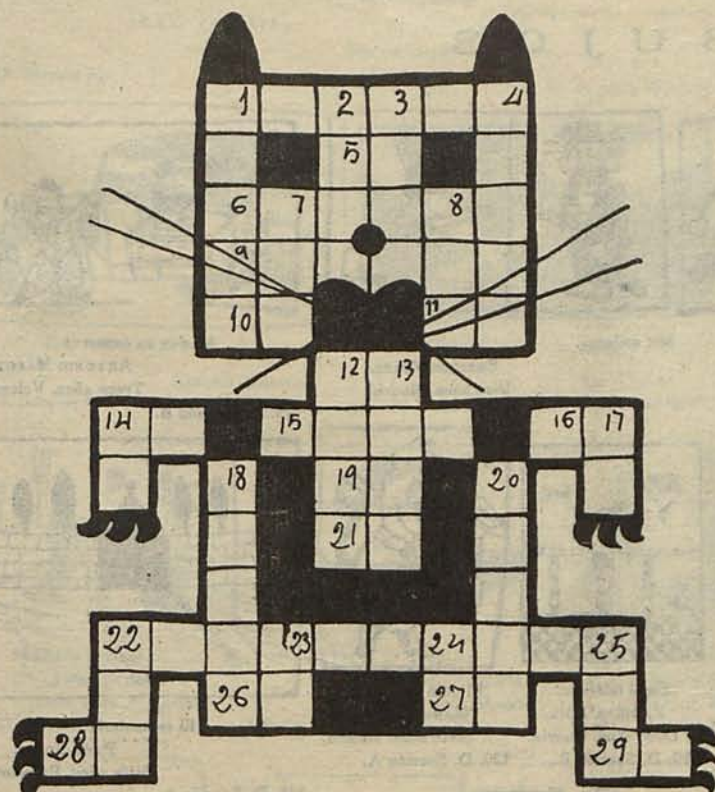
Y para que no lo notaran sus papás, colocó en su lugar el rubí de su sortija.

A poco se lo traga Billares II, que creyó para siempre que se trataba de la aparición de la joya perdida.

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

PALABRAS CRUZADAS



INDICACIONES

VERTICALES

1. Nombre de mujer.—2. Serpientes.—3. Forma de verbo.—4. Terminación de cansan.—7. Vaca.—8. Tiempo.—12. Vivienda.—13. Letras.—14. Nota.—17. Tiempo de verbo.—18. Otro tiempo de verbo.—20. Otro ídem de íd.—22. Letras.—23. Nota.—24. Tiempo de verbo.—25. Moneda francesa.

HORIZONTALES

1. Hace llorar.—5. Pronombre.—6. Tiempo de verbo.—9. Dato.—10. Carta.—11. La discusión termina en...—12. Letra.—14. Tiempo de verbo.—15. Para dormir.—16. Letra.—19. Tiempo de verbo.—21. En la baraja.—22. Hacen dulces.—26. Exclamación.—27. Tiempo de verbo.—28. Carta.—29. Nota musical.

A. DE M.

20. P. Sección B.

12 años. Navalperal.

JEROGLIFICO

150 pájaro 50

23. P. Serie B.

CARMEN PEREDA.
14 años. Madrid.

LA BARCA

PROBLEMA

Pues, señor: una vez iban paseando Federico y Alberto con su padre; éste, como de costumbre, les iba hablando de cosas instructivas, cuando al dar vuelta a un sendero se encontraron con el río. —Papá, ¿quieres que pasemos al otro lado? —dijo Alberto. —Con mucho gusto te complacería —respondió su padre—; pero no veo el modo de hacerlo. —Sí, papá; mira, en aquel recodo hay un barquero con su barca. ¿Le llamo? —Bueno, llámale. —Se acercó el barquero; pero cuando iban a montar, éste dijo: —Les advierto que mi barca no resiste nada más que 80 kilos, que es lo que yo peso. ¿Cuántos pesan ustedes? —Yo —respondió el padre— peso ochenta, y mis hijos cuarenta cada uno.

¿Cómo se las arreglaron para pasar si entre los cuatro pesaban 240 kilos?

JOSÉ LUIS DE COMINGES.

24. P. Sección 2.

Trece años. Burgos.

PROBLEMA NUMÉRICO

Escribir cinco números iguales y que la suma sea once.

JOSÉ TOMÁS MIRET.

21. P. Sección B.

Doce años.

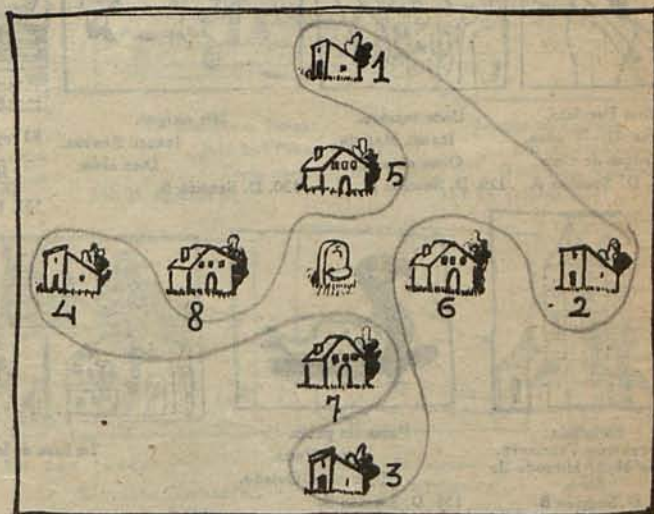
□ □ □

Escribir la cantidad diez y nueve de manera que quitando una unidad el resultado sea veinte.

JOSÉ M.^a JOVER.

22. P. Sección B.

13 años. Valladolid.



UNA VALLA COMPLICADA

Una vez, en un pueblo, había en las afueras ocho casitas como las que aquí véis y en el centro una fuente que surtía de agua a sus moradores.

Un día fué a ese pueblo un hombre rico, pero no de muy buenos sentimientos, y compró cuatro casas y la fuente. ¿Sabéis lo que hizo? Pues una valla de manera que las casas 1, 2, 3, 4 y la fuente quedaron dentro de la valla, y las casas 5, 6, 7 y 8 fuera de ella y sin poder coger agua de dicha fuente. ¿Cómo construyó la valla?

LUIS FLORES DE LOSADA.
Doce años. Segovia.

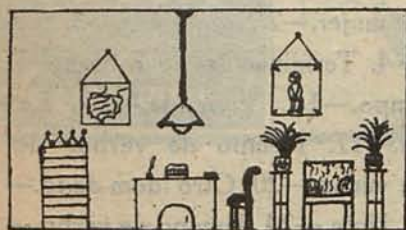
25. P. Sección B.

NOTA.—La explicación de estos concursos véase en la página 18.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-: HISTORIETAS :-: CHISTES ILUSTRADOS :-: CHISTES SIN ILUSTRAR :-: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

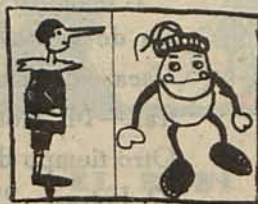
DIBUJOS



El despacho de Pirula.

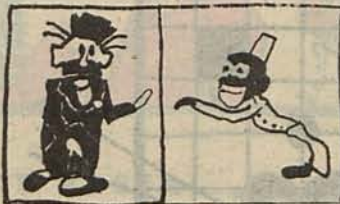
CARMEN GARCÍA JIMÉNEZ.
Diez años. Málaga.

113. D. Sección B.



Mis amigos.

114. D. Sección B.



ENRIQUE MOLES.
Diez años. Madrid.



Música en conserva.

ANTONIO MAROTO.
Trece años. Valencia

115. D. Sección B.



Elrinoceronte amaestrado.
JOSÉ RUIZ DE COMINGES.
Trece años. Burgos.

116. D. Sección B.



Un guerrero.
VICENTE LARRAZ CARDIEL. 14 años. Zaragoza.

117. D. Sección B.



Una parada de Cabeza.
JOSÉ M.ª. CABEZA.
Catorce años.

118. D. Sección B.



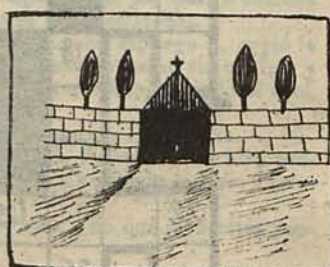
En el teléfono.
PAQUITA RUIZ.
Doce años. Madrid.

119. D. Sección B.



El gato Zapatillo.
MANUEL ALVAREZ.
Siete años. Madrid.

120. D. Sección A.



El cementerio.

PACO SOLER.
Siete años. Barcelona.

121. D. Sección A.



Curriche trota.
CARMEN GARCÍA.
Diez años. Málaga.

122. D. Sección B.



Mi papá y su asistente.
GONZALITO ZABALETA.
Siete años. Madrid.

123. D. Sección A.



Un balandro.
ENCARNACIÓN TARANCÓN.
Trece años. Madrid.

124. D. Sección B.



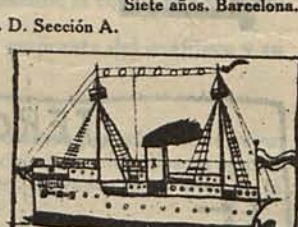
Mi primo.
LUISA C. 12 años.
Cangas de Onís.

125. D. Sección B.



Don Turulato.
ROSITA PALOMO.
Catorce años. Valladolid.

126. D. Sección B.



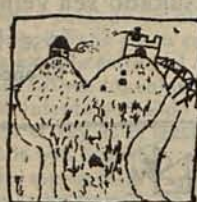
Buque.
JOSÉ M. VILLALBA.
Nueve años. Valencia

127. D. Sección A.



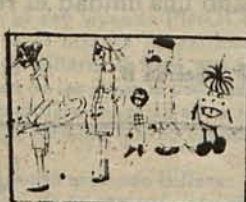
Don Turulato.
LUISA G.-7 años.
Cangas de Onís.

128. D. Sección A.



Unos vecinos.
ISABEL MARTÍN.
Once años. Ceuta.

129. D. Sección B.



Mis amigos.
ISABEL SASTRE.
Diez años.

130. D. Sección B.



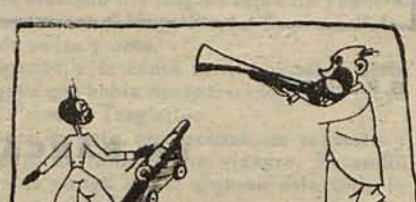
El rey de los antropófagos.
RAFAEL BUENO.
Diez años. Madrid.

131. D. Sección B.



Mi hermanito.
MAGDALENA S. CANTICO.
10 años. Sevilla.

132. D. Sn. B.



Don Turulato y Curriche van a cazar una chinche.
ISABEL M.ª LUBIÁN.
Siete años. Segovia.

133. D. Sección A.



La iglesia.
ASCENSIÓN TROCENIZ.
Doce años. Miranda de Ebro.

134. D. Sección B.



Patos sin patas.
LUIS VEGA.
Diez años. Oviedo.

135. D. Sección B.



La casa de las muñecas.

ELISA ANDREU.
Siete años. Palencia.

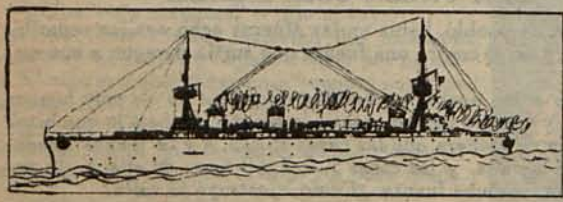
136. D. Sección A.



Mis mejores amigos.

ISABEL M.ª LUBIÁN.
Siete años. Segovia.

137. D. Sección A.



Un acorazado.

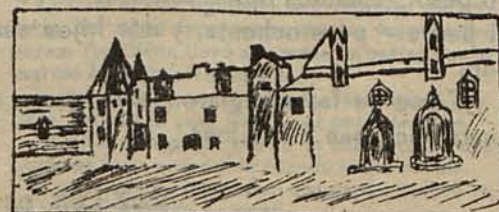
ANTONIO GIL.
Doce años. Madrid.

138. D. Sección B.



Don Turulato.
M.ª LUISA DE ANASAGASTI.
8 años. Madrid.

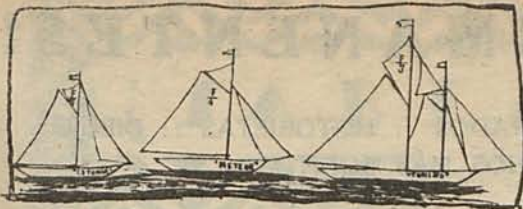
139. D. Sección A.



Casa señorial francesa.

FERNANDO SOLER.
Doce años. Barcelona.

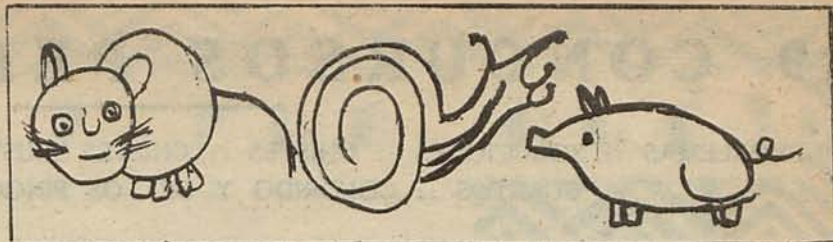
140. D. Sección B.



Las regatas.

141. D. Sección B.

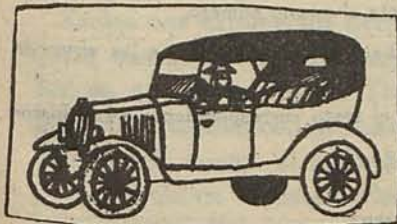
JULIÁN GARCÍA.
Santander.



Animales.

142. D. Sección B.

MARCEL GÓMEZ.
Colombia.



Un «Overland».

143. D. Sección B.

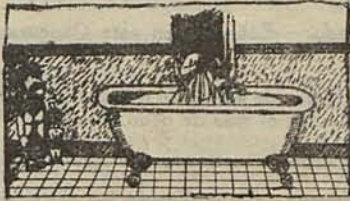
ARTURO MERINO.
Doce años, Madrid.



Reflectores en la noche.

147. D. Sección B.

JOSÉ CERÓN.
Trece años, Algeciras.



Mi tío Ruperto en el baño.

144. D. Sección B.

EUGENIO TORRES.
Diez años, Málaga.



Tren sobre el puente.

SARA ESTÉFANEZ.
Siete años, Haro.

145. D. Sección A.



Pidiendo limosna.

146. D. Sección B.

JOSEFINA JIMENO.
Doce años, Palencia.



El barco de Pinocho.

148. D. Sección A.

ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años, Madrid.



Mi mamá me compra Pinocho.

149. D. Sección A.

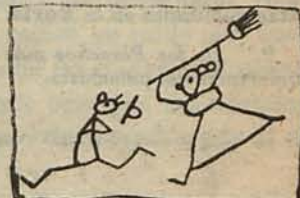
MARÍA NIETO.
Doce años, Madrid.



Chapete, cocinero.

150. D. Sección B.

RAFAEL VILLANUEVA.
Diez años, Ceuta.



¡Pintan bastos!

151. D. Sección B.

LUISA TORO.
Once años, Madrid.



El encierro de los toros.

152. D. Sección B.

CARMEN UDOLERO.
Doce años, Pamplona.



Flor sin fruto.

153. D. Sección B.

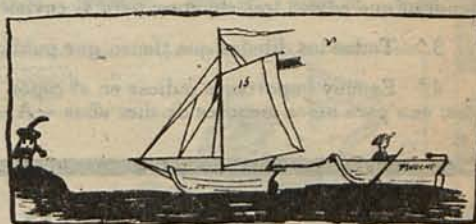
ANTONIO VALVERDE.
Quince años.



Pinocho y su perrito.

154. D. Sección A.

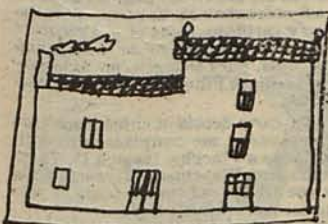
JOSÉ M.ª LUBIÁN.
Seis años, Segovia.



Un balandro.

155. D. Sección B.

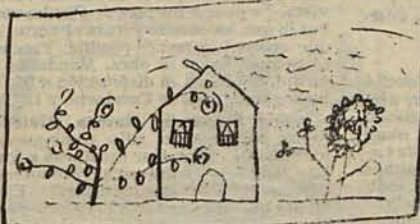
ALFONSO MONKO.
Diez años, Madrid.



Mi casita de campo.

156. D. Sección A.

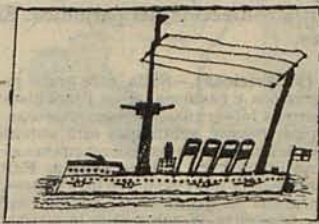
CELSE FERRO.
Nueve años, Orense.



Mi casa de verano.

157. D. Sección B.

CARMEN VALVERDE.
Once años, Madrid.



Un nuevo barco.

158. D. Sección B.

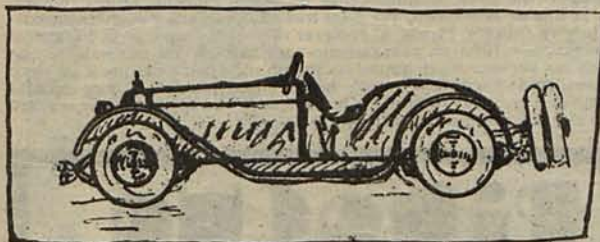
JOSÉ M.ª PINAR y MIURA.
Trece años, Sevilla.



Juanito se examina.

159. D. Sección A.

LOLITA MORALES.
Ocho años, Valencia.



Mi auto de carrera.

160. D. Sección B.

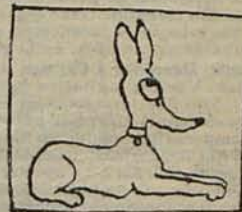
JAIME GUINEA.
Diez años, Portugal.



En los toros.

161. D. Sección B.

SALVADOR GONZÁLEZ.
Doce años, Bélgica.



Perrito de Xaudaró.

162. D. Sección B.

LULA IGLESIAS.
Diez y seis años, Lugo.



Zamora.

163. D. Sn. B.

JESÚS DEL OLMO.
Once años, Madrid.



Pinocho.

164. D. Sección B.

FANY F.
Quince años, Cangas de Onís.



Mi perrito Lulú.

165. D. Sn. A.

LUCIANA S.
Nueve años, Cangas de Onís.



Pinocho en el aire.

166. D. Sn. B.

L. LÓPEZ.
Diez años, Valladolid.



Una buena jugada.

167. D. Sección B.

J. DEL O.
Once años, Madrid.



Pinocho y su lechuza.

168. D. Sección A.

GABRIEL MONGE.
Ocho años, Madrid.

19 CONCURSOS PERMANENTES!

PROBLEMAS :: SOLUCIONES :: CHISTES :: CHISTES ILUSTRADOS :: HISTORIETAS :: DIBUJOS
CUENTOS :: COLORIDO Y DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

- 1.º *De problemas.*—Cada lector tiene derecho a enviarnos tantos problemas como quiera (cada uno con su cupón correspondiente), y los que lo merezcan serán publicados dentro de este Concurso. Aparte, y muy clara, debe enviarse cada problema con su solución.
- 2.º *De soluciones.*—Consistirá en buscar las soluciones a los problemas del Concurso anterior y a los demás que se publiquen. Con las soluciones de los problemas de cada número hay que enviar el cupón del concurso correspondiente al mismo número.
- 3.º *De chistes ilustrados.*—Entrarán en este Concurso los dibujos que recibamos correspondientes a un chiste que les sirva de epígrafe.
- 4.º *De historietas.*—O sea de series de dibujos unidos entre sí con una idea común con o sin el texto correspondiente.—Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos.
- 5.º *De dibujos.*—Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso.
- 6.º *De chistes sin ilustrar.*—Se publicarán los que recibamos y merezcan entrar en este Concurso.
- 7.º *De cuentos ilustrados o sin ilustrar.*—Los cuentos deben enviarse escritos por una cara de papel y no tener más de 2.000 letras. Si tuviese ilustraciones, mandarlas en papel aparte.
- 8.º *De colorido.*—Consiste en iluminar los dibujos que publicamos para ese efecto en forma lo más igual posible a los colores en que están publicados en la **Serie Pinocho contra Chapete**.
- 9.º *De los Pinochos más bonitos.*—Consiste en hacer una lista de la **Serie Pinocho contra Chapete**, ordenada según la preferencia del pinochista.

OBSERVACIONES GENERALES

- 1.ª Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en números anteriores de PINOCHO.
- 2.ª Con cada trabajo hay que mandar un *Cupón de concursos*. Es decir, que no basta un cupón para un solo envío que contenga varios trabajos, sino que hay que mandar tantos cupones como trabajos. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo cupón pueden enviar un trabajo para cada Concurso, pero sólo uno para cada Concurso. Es decir, que si envían tres trabajos para un solo Concurso tendrán que enviar tres cupones; pero si envían tres trabajos diferentes, uno para cada Concurso, lo pueden hacer con un solo cupón.
- 3.ª Todos los dibujos que tienen que publicarse deben venir hechos con tinta negra (no es necesario que sea con tinta china).
- 4.ª Es muy importante indicar en el cupón la edad del remitente, porque, como hemos anunciado, cada Concurso tendrá dos secciones: una para niños menores de diez años —A—, y otra para niños mayores de diez años.—B.

CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

Alonso de Con del Dago. (Villaviciosa).—Nada más grato para Pinocho que una carta como la tuya, graciosa y cariñosa. Esos Pinochistas a que aludes podrán mandar sus respectivas fotografías, siempre que sean futbolistas. En cuanto al final de *Cabeza de Piedra*, relato que está obteniendo, como esperábamos, un éxito rotundo, definitivo, fantástico, en cuanto al final de *Cabeza*, no puedo decirte con absoluta certeza cuándo llegará. Faltan algunos números todavía. Tu entusiasmo por la novela, y por los cuentos, y por todo PINOCHO, te lleva a preguntarnos el precio de las pastas con que habrás de encuadernar la colección de la revista. Y sobre ello, la verdad, no puedo contestarte. A su debido tiempo, con una anticipación prudente, daremos a conocer el precio y todo lo demás. Abrazos, apretones de manos, saludos efusivos.—Pinocho.

Luis Flores de Losada y Herrero. (Segovia).—Con mucho gusto habríamos dado tu bonito problema, si éste no adoleciera de ciertas faltas corregibles. Hay cosas en esa solería que no pueden pasar. Por ejemplo: Si el 20 vertical es *sal*, el 26 horizontal no puede decir, en manera alguna, es. Hay muchas más erratas. Sin embargo, como digo al principio, esas faltas son corregibles. Bastará que rehagas el pasatiempo, que nos lo remitas otra vez, y nosotros, ya lo supondrás, encantados, en la gloria. Animo, pues, y a corregir.

María Enriqueta, Mercedes y Carmen Álvarez Lovell. (Cercadilla).—Mis mejores amiguitas: Vuestra invitación ha conmovido a Pinocho y Pirula, y de no tener el trabajo que les agobia en estos días, seguro que hubieran tomado el tren —¡con cuánta alegría lo hubieran hecho!— para pasar con vosotros tres una temporada, aunque no fuese más de dos horas. ¡Qué buenos aires habrá en «Villa Argentina»! ¡Qué bien! Pirula estuvo al leer vuestra carta dudando, pensando si debía o no aceptar vuestro ofrecimiento. Pero pronto cayó en la cuenta de que no puede, no debe distraerse. Y lo mismo Pinocho. Sin embargo, ya que no es posible este viaje, mandaremos la revista. Con talento, con muchísima gracia, con una imaginación sorprendente, decís a Pinocho en vuestra carta: «Pero como eso no puede ser —el viaje— traemos tu periódico, que es lo mismo que traer a ti.» Sólo M.ª Enriqueta, Carmen y Mercedes han podido escribir esa frase. Por ésta, por la invitación, por toda vuestra carta, Pinocho y Pirula, agradecidísimos, contentísimos, cariñosísimos, os saludan y abrazan. (P. D. En cuanto a la mesa para tocar, Pirula hará todo lo que esté en su mano por complacerlos).

Carmen Valverde. (Madrid).—Me mandas tu cuento en el mismo papel utilizado para tu dibujo. Para sacar éste y publicarlo, he tenido que estropear tu relato. Procura, pues, para otra vez, para todas las demás veces, hacer tus dibujos y escribir tus cuentos en papeles distintos.

Luisa C., Josefina G., Luisita G., Lucina S., Fany F. (Cangas de Onís).—Mis simpáticas amiguitas: He recibido vuestra carta, que me ha llenado de la más profunda alegría. Vuestros trabajos son excelentes y merecen no sólo toda clase de elogios, sino ser publicados en PINOCHO lo más pronto, a la mayor brevedad posible. Así lo haremos de acuerdo con Pirula, quien ha tenido para vuestras líneas, y para vuestros dibujos, palabras de la más franca y cariñosa efusión. Besos, abrazos, apretones de manos.

Pilar Borrego. (Sevilla).—Tengo una carta para ti. Pero no puedo mandártela. Necesito para ello tu dirección —tu calle y el número de tu casa—, que desconozco. Mientras más pronto me lo comuniques, más pronto tendrás en tu casa la epístola que acaso, y sin acaso, pueda interesarte.

Cástor Patiño. (Madrid).—Mi querido Cástor: Tu dibujo ha causado a Pino-

cho, tu mejor amigo, una impresión extraordinaria. Eres, sin duda alguna, un gran dibujante, un artista. Pirula, que también ha visto tu obra, ha quedado encantada, maravillada, entusiasmada. No tendré que decir que tu castillo y las casas que lo circundan verán la luz del día en las páginas de la revista. Te puse a los pies de Pirula, como así ordenabas en tu carta, y no sabes lo que ha gozado Pirula al verte, amigo y cariñoso, a sus pies. Procuraré que esperes lo menos posible. Procuraré que pronto, dentro de muy poquito tiempo, salga tu obra. Mándanos otras cosas, pues siempre, en todo momento, tendrás a tu disposición a tus buenos amigos Pinocho y Pirula. (Afectuosos recuerdos de Currinche y D. Turulato).

Pedrin Fernández Morera. (Oviedo).—Tu carta delata el entusiasmo que tienes por Pinocho. Ello, como puedes comprender, me complace extraordinariamente. Dí a leer tus líneas a Pirula, luego a Pinocho, luego a D. Turulato. Todos se alegraron al reconocerte como gran Pinochista. Respecto a los cupones, te diré: Puedes dejarlos. Esos a que aludes caducaron desde el momento que implantamos los 8 cupones que me has remitido hoy.

Isidro Arcos. (Albacete).—Dos palabras, dos palabras para felicitarte efusivamente por tus dibujos, que son, sin disputa, de los mejores que entran aquí. Verdaderamente maravillosos. Inmejorables. Insuperables.

Eduardo Prieto. (Gijón).—Querido Rubén: Acabo de leer tus versos. Mejor dicho, acabo de leer la maravilla que nos remites con destino a la revista, y todo elogio quedará corto, pobrísimos, en atención a lo que verdaderamente se merece tu poesía. Eres, decididamente, un poeta. Pinocho, al leer tu obra, recordó a la hija de Basedow, que a los tres años hablaba y escribía en griego, en latín y en francés. Pirula, al recorrer tu poesía —casi se la ha aprendido de memoria—, tuvo un pensamiento para Mozart. Ya ves todo lo que han movido tus versos. Aquí aseguran que un niño como tú, que a los doce años ha conseguido hacer *Rubén y yo*, ha de lograr muchas y muy grandes cosas. Como desees, verás tu obra en la revista, y ello te proporcionará otro éxito, otro exitazo, más grande aún que el anterior.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 25

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).


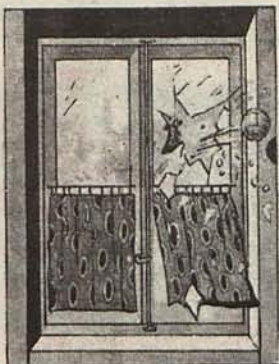
Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

¿SABES POR QUÉ?

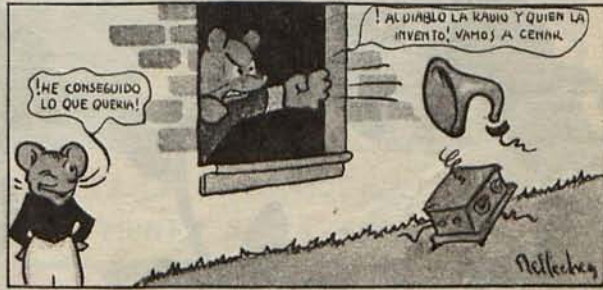
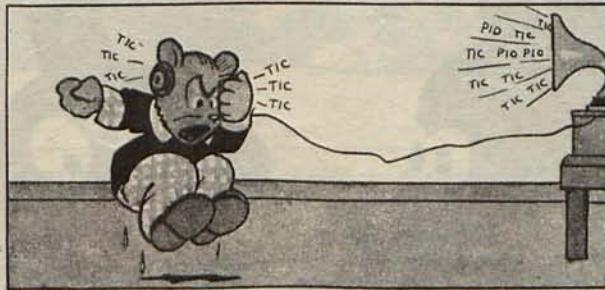
¿POR QUÉ EL RUIDO ROMPE LOS CRISTALES DE LAS VENTANAS?

Todos nos explicamos perfectamente por qué un balón o una pelota cualquiera, cayendo fuertemente sobre un cristal, lo rompa. También admitimos, nos explicamos, que una fuerte ola del mar, dando contra el malecón o contra un muro, destroce a éstos. Pues del mismo modo nos explicaremos ahora cómo un ruido fuerte, atronador, pueda romper los cristales de las ventanas. Se trata de un fenómeno igual. En aquellos casos es la pelota, o el balón, o el agua del mar; en éste, en el ruido, es el aire, una onda inesperada, fuerte, rápida, potentísima, quien cae sobre los cristales, destrozándolos. Si me fijo bien, observaré desde mi cuarto, cerrados los balcones, que todo ruido



que penetra a través de los cristales estremece a éstos. Ahora bien: los ruidos que me llegan de la calle —el claxo del auto, el pregón del PINOCHO, el tan-tan del tranvía— son, desde luego, pobres, insignificantes, para romper la cristalería de las puertas de mis balcones. Acaba de estallar un neumático, se estremecieron los cristales, pero no se han roto tampoco. El aire, en ondas, ha caído sobre el vidrio como las olas sobre un acantilado, deshaciéndose. Será preciso un ruido muy fuerte. Sólo así la fuerza de las ondas será superior a la resistencia que opongan los cristales, y éstos caerán en añicos, como destrozados por el choque de un balón.

HAZANAS DEL RATON DON ROQUESSO





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Malla bordada.—Quizá el bordar la malla a punto de zurcido os asusta un poco, por la necesidad de contar cuidadosamente los agujeros, ya que una sola equivocación estropea toda la labor.

Por este motivo os aconsejo que le dejéis a la angelical paciencia de mamá el bordar malla de agujeros pequeños con hilo fino.

Lo mejor y más sencillo para vosotras es el bordado hecho en malla de grandes agujeros, con hilo gordo; en este género y en colores se hacen aho-

ra verdaderas preciosidades, de las que es un lindo ejemplo el grabado adjunto.

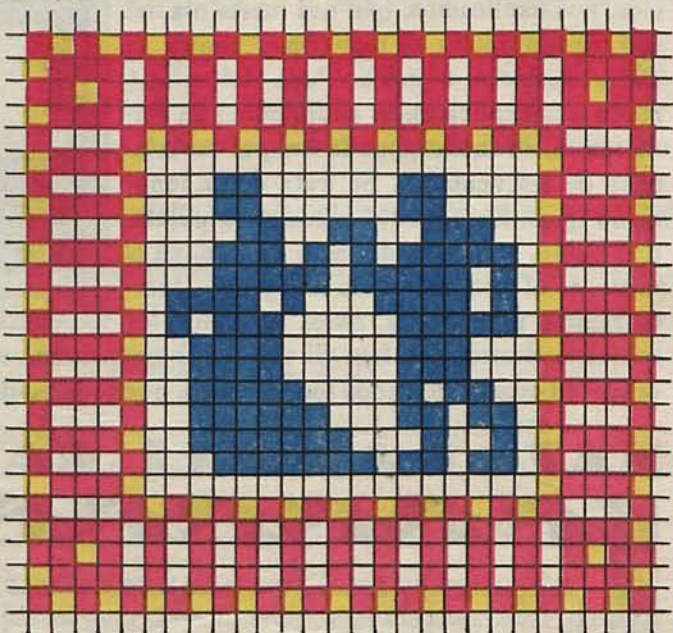
Si no encontráis hilo grueso en los matices deseados, podéis substituirlo con algodón de bordar, sin brillo; el algodón «perlé» no me parece de un gusto depurado para el caso.

Esta aplicación resulta de un efecto muy lucido y muy moderno en almohadones, pantallas, colchas y, sobre todo, visillos y estores.

Se debe incrustar a punto de festón, muy menudo y apretado, y puede combinarse con los bordados a punto de «Richelieu» o «a la inglesa», o, para mayor rapidez de ejecución y contraste de efecto, a punto de realce o de Lagartera.

Este género de labores es muy divertido y ofrece, entre otras ventajas, la de no cansar la vista como las vainicas y los calados, ni producir en la nuca y espalda dolores de neuralgia, como sucede con el abuso del encaje de bolillos.

El adjunto modelo podéis hacerlo en cañamazo, a punto de cruz. Pero a lo mejor os resulta demasiado fácil y os parece excesivamente infantil para señoritas que han cumplido ya sus buenos siete u ocho años.



□ □ □ □



Pantalla.—Aunque sois las niñas más mañosas del mundo, seguramente nunca se os ocurrió que pudierais fabricar solitas la armadura de una pantalla.

¡Claro!, porque hasta ahora no se me había ocurrido a mí proponéroslo.

Ved el modelo que hoy os presento: la armadura se reduce a dos juncos doblados y unidos por el centro —del que prende el portalámparas y sale el cordón del enchufe—, y cuyos extremos van metidos en los cuatro agujeros de una tablita que sirve de base.

Para forrar esta armadura, que fabricaréis seguramente en menos tiempo del que yo necesito para escribir estas líneas, os aconsejo que utilicéis una seda lavable o un crespón de China, en amarillo, rosa, naranja, fresa o malva muy pálido. Lo mismo para las pantallas que para los visillos, debe evitarse el blanco, que deja pasar una luz «cruda», y el verde, que da un reflejo capaz de afean incluso caras tan bonitas como las vuestras.

¿Y qué mejor adorno para esta pantalla que los simpáticos héroes del PINOCHO Don Turulato, Currinche, el perrito, los que se os antojen, cuyas siluetas se recortan en cabritilla, raso, terciopelo o «taffetas» negro?

Del mismo material es la cenefa que circunda el borde de la pantalla, a menos que prefiráis ribetearla con un fleco de pasamanería o de cuentas de madera, o con un grueso encaje de bolillos hecho en negro con algodón «perlé», y de cuyas ondas puntiagudas penden borlas de lo mismo.

